

SOBRE UNA HISTORIA DEL TRASH ROCOCO EN EL BAFICI 2009.

Flavia De la Fuente & Quintin.

El Bafici Permanente blog online.

Viernes 29 de Mayo de 2009 a las 6:11 pm horas.

Q: Hoy nos toca hablar de dos películas que vimos por casualidad. Nunca las hubiéramos elegido en una primera selección ni en una segunda ni en una tercera. La primera se llama *Una historia del trash rococó*, la dirigió Miguel Mitlag y es un documental de 54 minutos sobre el artista Sergio De Loof.

F: ¿Y por qué decís que nunca la habríamos elegido?

Q: Bueno, no sé vos, pero yo me puse a leer el catálogo y me encontré con esto: Desarrollando un estilo lumpen-glam, que tiene algo de *vintage* pero sin nostalgia sino como una estética del reciclaje como ecología de la belleza recargada del descarte, la poética de Sergio De Loof...

F: Entiendo, pero la explicación después se vuelve más atractiva.

Q: Pero yo leí hasta ahí y paré.

F: Entonces, ¿cómo fue que la terminamos viendo?

Q: Un día me llamó Enrique Bellande y me dijo que había colaborado en la edición de una película que se había filmado hace diez años y que había quedado inconclusa. El material le pareció interesante, me explicaba Bellande, y había dado una mano para que se termine. Quería que nosotros la viéramos. Cuando me dijo el título ni me acordaba de que había estado en el Bafici, ni menos aun de esas líneas del catálogo. Son esas películas que quedan sepultadas entre tanto material y tan poco tiempo. Y así fue como me traje el DVD a casa y un día la vimos.

F: Si hubieras seguido leyendo la reseña del catálogo, tal vez la habríamos visto. Leéla de nuevo completa. Desarrollando un estilo lumpen-glam, que tiene algo de *vintage* pero sin nostalgia sino como una estética del reciclaje como ecología de la belleza recargada del descarte, la poética de Sergio De Loof se convirtió en un raro exponente de la posvanguardia local, donde la moda, el diseño, la *performance*, la literatura y otras tantas cosas se mezclan con una vitalidad, un informalismo y una libertad muy infrecuente. Desde una complicidad absoluta, Miguel Mitlag acercó el ojo a De Loof a fines de los noventa, para capturar en plena expansión su particular sensibilidad y su pensamiento elíptico y descentrado. Aliado con un movimiento que en aquellos años atravesaba su mejor momento, como la galería informal "Belleza y Felicidad", De Loof prepara muestras, fiestas, desfiles, un concurso de ikebana, un espectáculo basado en el *Werther* de Goethe, edita la revista *Wipe* y ejecuta algunas performances especialmente para la cámara para seguir tratando de demoler toda frontera que disocie la vida del arte.

Q: Tenés razón. Me parece que la reseña está muy bien a pesar de ese comienzo pedante y expulsivo, escrito para gente del palo. Es una explicación muy clara del contexto en el que se mueve De Loof (o al menos en el que se movía hace diez años).

F: ¿Pero vos lo conocías a De Loof?

Q: Ni ahí. Vos sabés que nuestra relación con el mundo de las artes plásticas, visuales y escénicas fue siempre nula.

F: Pero ahora que liquidaste la literatura te podés dedicar a las artes plásticas desde San Clemente. Un proyecto fascinante.

Q: Mirá, el otro día fuimos a Buenos Aires y la conocimos a Fernanda Laguna, una de las dueñas de Belleza y Felicidad, que también es escritora.

F: Eso pasa por caer en la librería de Garamona, donde van todos los famosos. También apareció Sergio Bizzio, que parecía un tipo de lo más cálido.

Q: Por lo menos no me pegó.

F: Ya conocés a Kuitca, a Stupía y a Laguna. Podés empezar tu carrera de crítico de arte.

Q: Hablemos de la película que es lo único que podemos hacer con alguna propiedad. Fue una muy buena sorpresa. Si ahora hiciera la lista de las películas que hay que ver del Bafici, esta entraría seguro.

F: Está bien filmada, tiene imágenes muy trabajadas y el personaje es simpático. Es raro porque uno se queda con la intriga de qué habrá sido de De Loof. La película es del 98 y la estamos viendo en el 2009. Yo ayer me lo imaginaba canoso, cansado, o lleno de dinero como él sueña en la película. De Loof empieza hablando de dinero, de que esa es su única preocupación y que, al mismo tiempo, detesta todo lo hay que hacer para conseguirlo. Pero le gustaría tenerlo para ayudar a su padre, para no sentir culpa, para ser libre. En otro momento de la película hace del signo pesos su logo personal. El tipo resulta entrañable.

Q: Sorprendentemente entrañable, diría, porque a priori uno se imagina a un narcisista cuyo trabajo es pura histeria. Pero resulta un artista interesante, con una obra original y sincera.

F: Aunque yo no me imagino yendo a ver la obra de teatro sobre el joven Werther en el Goethe Institut. En el cine da bien, pero no sé...

Q: No me imagino en la obra del Goethe, ni leyendo la revista *Wipe*, ni en Belleza y Felicidad, ni asistiendo a la exposición de cuadros, ni en sus desfiles de moda, ni en una lectura de su poesía, ni como habitué de los boliches que De Loof puso en escena en los 90. Me acuerdo que allá por 1994 hicimos un programa de *El Amante* en Ave Porco, creo que ahí entrevistamos a Perrone. Nos sentíamos todos en el lugar equivocado. Pero aun así, De Loof suena convincente y competente en la película. Y muy humilde, de algún modo.

F: La película debe ser muy buena para que te interese un personaje semejante, que hace todas esas cosas raras y de entrada se declara puto, comilón, gay, troló y marcha atrás.

Q: La película es muy inteligente. Contrariamente a lo que dice la reseña del catálogo, no es "cómplice" de De Loof, sino que mantiene cierta distancia, lo deja exponerse pero no interactúa con él. Es un testimonio abarcativo, discreto y poco enfático. Lo curioso, y me parece que ese es un mérito oculto de la película, es que De Loof termina prestándose bien a ese tipo de mirada. Quiero decir que se descubre una inesperada sobriedad en el personaje detrás de ese estilo recargado. Tal vez el roció sea eso, no tengo la menor idea.

F: ¿Te diste cuenta de que trabajan muchos conocidos?: Bellande es el productor, Villegas el asistente de dirección, Bill Nieto (el cámara de Trapero), Catriel Vildosola (el sonidista de Alonso). Fue todo antes de *Mundo grúa*, una especie de viaje en el tiempo, un anacronismo en la programación del Bafici.

Q: Y una prueba de que sabían filmar. No sé bien quién es el director Mitlag, pero no hay duda de que esa generación de la FUC estaba preparada para su trabajo. Pero, al mismo tiempo, es

notable que la película haya tardado diez años en terminarse y que no haya muchos más trabajos documentales de esa jerarquía en estos años.

F: Bellande filmó un par que estaban bien, y hay algunos más que ahora mismo no recuerdo, pero se hizo poco en esta dirección. La mayoría se volcó a las ficciones.

Q: A medida que hablamos, la película me parece cada vez más importante. Como descubrimiento de un artista y como prueba de que tanto De Loof como cierta manera seca y precisa de filmar quedaron un poco en segundo plano durante los últimos diez años. Compará esta película con otra que tuvo mucha más visibilidad en el Bafici, *Rosa patria*, el documental sobre Perlongher de Santiago Loza, mucho más adornado, mucho más pendiente de proponerse a sí mismo como obra de arte y, finalmente, poco convincente como retrato y como película.

F: Tampoco demos la impresión de que estamos ante una obra maestra.

Q: No, claro. Pero una película así debería ser la norma, el estándar para un documental. Y no es lo que sucede. Uno ve demasiados documentales débiles y, al mismo tiempo, sobredimensionados (se me ocurren incluso algunas películas que ganaron premios en el Bafici). Pensá que dura cincuenta minutos, es un formato ideal para la televisión pero comparalo con las cosas de cincuenta minutos que salen por televisión.

F: Pero la podemos comparar con otro documental de cincuenta minutos que vimos ayer por casualidad. Queríamos ver una comedia llamada *The pleasure of being robbed*, que pasó en la sección Cine del futuro y de cuyos directores dieron otra película en Cannes. Pero cuando pusimos el DVD nos pareció que había algo raro, ya que lo que estábamos viendo se llamaba *From the Ground Up*. Vos la quisiste sacar pero a mí me gustaron la cancioncita que sonaba (*Java Jive*, aquí hay [una versión por Manhattan Transfer](#)) y las imágenes de la selva. Como seguías empecinado en no verla, te pedí que te fijaras en el catálogo y resultó que era un documental sobre el café de la directora Su Friedrich, a quien le dedicaron una retrospectiva en el Bafici.

Q: Yo ni sabía que esta película se había dado en el Bafici. Son esas cosas que pasan sin que uno siquiera registre su existencia.

F: Bueno, la musiquita me prometía una de Doris Day y, en cambio, vimos un documental que muestra el trayecto de los granos de café desde la selva guatemalteca hasta los puestos de venta ambulante en Manhattan. Me impresionaron los encuadres. No hay un solo plano feo. Planos detalle del café, de partes de las fábricas, de Nueva York de noche, cada uno parece una pintura abstracta. Y todo esto sin perder el hilo de lo que quiere contar. Un placer.

Q: La verdad es que me quedé con la boca abierta. Al parecer esta es una película atípica de Friedrich, directora feminista lesbiana que suele hacer un cine más personal y autobiográfico. Pero es impresionante la perfección formal que hay detrás de esta película ligera e inocente que no deja, sin embargo, de arrojar una mirada inteligente sobre el funcionamiento de la economía ni de simpatizar con la gente humilde. Pero lo que hace esta mujer con la música, por ejemplo, el modo en el que usa *Java Jive* como si fuera un disc jockey rapero es impresionante. Hay una elegancia extraordinaria, algo muy raro de ver, un trabajo minucioso pero nada ostensible. Una película bárbara. En el contexto de las discusiones sobre Cannes y las películas que tienen cada vez más algo sensacionalista agregado, da la impresión de que el secreto de fabricación de este cine, que debería ser nuestro alimento cotidiano, se está perdiendo (aunque la película es de 2008).

F: O acaso esté resurgiendo.

Q: Pero, sinceramente, si no fuera porque alguien grabó mal un DVD, nunca la habiéramos visto. Y eso que nosotros tenemos un grado pasable de información. Pero nadie nos dijo que la

viéramos. El tema es ese: la información sobre películas como esta no trasciende, en parte porque los críticos estamos mirando otra cosa.

F: Y ahora me quedé con las ganas de ver las otras catorce películas de Su Friedrich que hubo en el Bafici. Porque si esta película tan personal es su película más impersonal, no me imagino cómo serán las otras.

Q: Justo hoy estaba leyendo al [Tío Koza](#) que, a partir de una reflexión de Adrian Martin (“¡Debemos descubrir las películas sin autor!”), concluía lo siguiente: (...) la categoría de autor puede ser problematizada a tal punto que el término autor deje de tener sentido. Después del estructuralismo y la deconstrucción, insistir en el autor parece ser un gesto porfiado y caprichoso. Me gustaría, porfiada y caprichosamente, después del estructuralismo y la deconstrucción, afirmar aquí la autoría de Su Friedrich.

F: Yo hice más deberes para “El Bafici permanente”, vi un antecedente de *El canto de los pájaros* de Albert Serra.

Q: ¿Ah, sí? ¿Cuál es?

F: *Tres hijos del diablo* de John Ford. Debo decir que la secuela resulta un poco más aguada, aunque también transcurre en el desierto. ¿Vos te acordás algo de la película de Ford?

Q: Vagamente.

F: Es una obra maestra de la que no se habla mucho. Además de todo, John Wayne actúa mejor que nuestro amigo Mark Peranson.

Q: Che, ¿será un autor Ford o lo damos por deconstruido?

F: A los lectores que no la hayan visto, aprovechen que está en venta en Buenos Aires en DVD por treinta pesos. Se ve genial y hay pocas películas así.

Q: Encima que votamos por el Acuerdo Cívico nos gustan esas películas reaccionarias.

F: Y es más religiosa que todos los discursos de Carrió juntos.

Q: No tenemos arreglo. Somos una vergüenza para los judíos.